



Max Urdemales en la Recta Provincia



COLECCIÓN PLANETA ROJO

© del texto, Francisco Ortega, 2017

© de las ilustraciones,
Marcelo Pérez Dalannays, 2017

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2017

Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.

www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Primera edición en Chile | julio 2017

ISBN | 978-956-360-277-7

Impreso en Chile / Printed in Chile

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito del editor.

El libro original protege el trabajo del autor, diseñador y del equipo editorial. Comprar el original es respetar ese trabajo. No fomentes el delito de la piratería.

Max Urdemales en la Recta Provincia

FRANCISCO ORTEGA

Ilustraciones de
Marcelo Pérez Dalannays

CAPÍTULO 1

COSAS Y CASOS DE DRAGONES

De todos los monstruos* (o Híbridos o Cuartos Nacidos, o como quieras decirles, ya sabes de qué te hablo) que existen, los más complicados son los dragones. Como se creen aristócratas, por todo eso de cuidar tesoros y estar presentes en cada una de las culturas del planeta, se ven a sí mismos casi tan grandes como las Glorias. Si acaso no más. Bueno, antes tenían razones por qué creerse, pero ahora, en estos tiempos de igualdad, lo cierto es que están lejos de ser lo que eran. Eso de la aristocracia es hoy en día una palabra con doce letras, nada más. Por supuesto, te lo digo en voz baja, porque en una de esas, el profesor de lenguaje que te está mirando desde el frente de la sala —y que te dio este libro como lectura— es un dragón, y si sabe que hablamos así de su especie puede enojarse y agarrarte mala. Y te lo aseguro: no quieres que un dragón te tome en mala estima. No, no por lo del aliento y las llamas, sino por una cuestión de actitud. Son rencorosos, no olvidan.

* Si tienes dudas sobre algún concepto mencionado, te invitamos a buscarlo en el glosario presente al final del libro.

Como te estaba contando, hoy por hoy los dragones son más bien una casta noble en decadencia que trata de aferrarse a lo único que les queda de sus tiempos pretéritos: la herencia de un pasado glorioso. No, no me malentiendas, me caen bien y en este año que llevo de abogado de monstruos he conocido a dragones muy buena onda, como Fafnerd, que nació en los bosques de Noruega y que es precisamente quien estaba metido en el problema que yo debía solucionar.

Fafnerd realmente se llama Fafner Drakensberg. Sus padres lo llamaron así en honor del más famoso de los dragones del norte de Europa, el que custodiaba el tesoro de los nibelungos y es vencido por Sigfrido. ¿No lo conoces? Mmm, como prefiero no alargar más este punto, te recomiendo entrar a internet y buscar la leyenda, o pídele a alguien mayor que te la cuente. El asunto es que lo llamo Fafnerd, así, con la “d” final, porque es muuuy nerd... Mi amigo dragón sabe todo, pero todo lo que no te imaginas sobre Marvel y Star Wars. Y no me refiero solo a los personajes, además es capaz de recitar partes literales de las películas, de reconocer cada nave y domina tonterías que en verdad no le importan a nadie como que los Jawas, esos hombrecitos del desierto, son en verdad el estado larvario de los

Moradores de las Arenas. (Ok, yo también lo sé, pero no ando diciéndolo por el mundo).

El cuento es que Fafnerd estaba metido en un problema legal no muy sencillo de solucionar. Lo habían demandado por faltar al Cuarto Mandamiento y los demandantes habían levantado una querrela que exigía que si mi cliente resultaba culpable, fuera exiliado al Olvido, una región intermedia entre el mundo real y la dimensión de los sueños. Según he leído en los volúmenes de derecho sobrenatural (ya sabes, esos libros gordos que Julián me obliga a estudiar cada noche), esa zona era peor que la muerte. Sucede que los dragones son muy enamoradizos y eso los hace caer en problemas, sobre todo con el Cuarto Mandamiento, que prohíbe el mestizaje: un Cuarto Nacido no puede fijarse, cortejar ni unirse con otra especie. Según lo que me contó Julián, famosos son los casos de dragones que acabaron en diferentes mazmorras en lugares hoy perdidos por encapricharse con señoritas de otras especies, en especial humanas, lo que era y siempre ha sido muy complicado.

—¿Has visto alguna teleserie mexicana? —me preguntó Julián cuando le conté que Fafnerd había venido a pedir mis servicios.

—Sí.

—Pues todos esos enredos amorosos los sacaron de cuentos con dragones. La mayoría de los guionistas de teleseries son duendes cotorras, así que solo cambian los nombres de los personajes. Por eso, cóbrale más que al resto.

Mi duende asistente y maestro no tomó muy bien que le respondiera que no iba a cobrarle a Fafnerd, porque Fafnerd era mi amigo.

—¡Me importa un pito que coleccioné historietas de *Iron Man* y de *Star Wars* igual que tú! Es un dragón con problemas legales y debemos mantener esta oficina, ¡la vida no es gratis! —bramó con su voz chillona y forestal de duende patagónico. Amenazó incluso con acusarme con la tía Eduvigis, lo que finalmente nunca hizo. En el fondo, Julián me tiene cariño.

Y así es que, veinte días después —es decir ahora mismo—, llegamos al juicio:

—¡Abogados! —habló el juez Ezequiel desde su lugar en el centro del Alto Tribunal, cambiando su rostro de águila al de humano.

Con el fiscal Daniel nos miramos, levantamos los hombros y al unísono contestamos.

—Sí, su señoría.



—Al privado... síganme. Esto no puede continuar —en verdad llevábamos más de cinco horas deliberando y hasta los lobos de la Penúmblica tenían cara de cansados—. La corte entrará en receso por diez minutos —ordenó a los guardias.

Los testigos —dos fantasmas, una náyade y una serpiente marina con escamas doradas— reclamaron en su escaño.

Miré a Fafnerd y le dije que todo iba a estar bien.

—No me mientas —agregó.

—No lo hago —respondí, mientras seguía al fiscal sobrenatural en dirección al privado del juez de cuatro rostros. Julián se quedó atrás con Fafnerd.

El privado del juez Ezequiel era una tranquila estancia de madera con un gran ventanal, desde donde se apreciaba el centro del universo (que no es como te lo podrías imaginar, pero que no puedo describir porque necesitaría quince libros como mínimo para hacerle justicia a la imagen, y prefiero gastar páginas en aventuras que en descripciones). Solo te adelantaré que es muy brillante, parece crema de café y se mueve en espiral en dirección contraria a los punteros del reloj. ¿Que qué es un puntero de reloj? Pídele a tus papás o abuelos que te muestren un

reloj viejo. ¿Lo hiciste? Pues bien, ahora pregúntale cuál es el puntero y luego fíjate hacia dónde se mueve.

La primera vez que conocí el despacho del juez fue para el juicio de Moneypenny (esa gata loca con la que terminó el libro anterior, ¿recuerdas? La que estaba acusada por ser un agujero negro supermasivo). Pues gané ese proceso, obvio. No pierdo, no puedo perder (bueno sí, pero ese no fue el caso).

—¿Entonces? —nos miró el Segundo Nacido—. ¿Qué hacemos con este asunto?

—Mi cliente es inocente, ni siquiera se ha dado un beso con la hija del señor Octocéfalus —alegué de inmediato.

—Existe la intención y el Cuarto Mandamiento es taxativo —argumentó en mi contra el fiscal con cabeza de león.

—¡Daniel! —a estas alturas quedaba claro que Ezequiel estaba tan cabreado como nosotros—, ¡son dragones! Esto puede ser eterno. No hay violación al Cuarto Mandamiento —seguí—. Fafnerd, perdón, mi cliente, el señor Fafner Drakensberg —arrugué el ceño para parecer muy serio—, es un dragón y la señorita Octocéfalus...

—Fafnerd es un güiverno y la señorita Octocéfalus una policéfala, y además imperial —me aclaró Daniel.

—¡Dragones! Distintas etnias, pero dragones al fin y al cabo.

—Con ellos no funciona lo de la igualdad y usted lo sabe, señor abogado.

Arrugué la nariz.

El fiscal Daniel Samarcanda (por si no se acordaban de su apellido) tenía razón. El otro lío con los dragones, más allá de su aristocracia, tiene que ver con la cantidad de especies que hay. Si bien todas pertenecen al Orden Draconis de los Cuartos Nacidos, la variedad es tan diversa y tan distinta entre sí, que hace que entre ellos se desprecien y no se junten por todo eso de mantener la pureza de la raza. Una tontería que a estas alturas no debiera importarles tanto —sobre todo tras la feroz cacería de la que fueron objeto durante la Edad Oscura, conocida en la historia humana como Edad Media—, pero para ellos todo es importante, especialmente la cantidad de patas, cabezas y alas que lucen.

Fafnerd, por ejemplo, es un güiverno o dragón heráldico, básicamente un reptil alado con cuatro extremidades, las dos delanteras son las manos y soportan las alas, y las posteriores son las piernas. Cuando no vuela es bípedo, es decir, camina en dos patas.

Luego están los dragones imperiales, que dicen ser los más puros de todos. Son los más grandes y se parecen bastante a los güivernos, salvo por lo del tamaño y porque poseen seis extremidades, cuatro patas y dos alas. A veces son bípedos, en otras oportunidades cuadrúpedos. Después vienen los rastreros, que son similares a los imperiales pero no tienen alas. También están los emplumados, los más abundantes en América del Sur, que no tienen extremidades y son básicamente unas grandes serpientes llenas de plumas con considerables alas de águila, doradas o albinas. Los emplumados son parientes cercanos de los asiáticos, salvo que estos, en lugar de plumas tienen pelos, incluso en las alas, que son más pequeñas que las de los emplumados pero que no solo les permiten volar, sino también nadar. Y a propósito de nadar, tan grandes como los imperiales son los oceánicos, que surgen como una mezcla entre ballena y dragón, ¿te lo puedes imaginar? Sí, así mismo.

Otra especie son los gusanos, que tienen mucho en común con los rastreros pero carecen de piernas y se mueven como serpientes. Y lo anterior no es lo único. Existe además una subespecie dentro de los imperiales, a los que se les llama policéfalos, y se caracterizan por tener muchos cuellos y cabezas. La amiga de Fafnerd era

precisamente una policéfala que, como su apellido lo indicaba —Octocéfalus—, tenía ocho cabezas.

Vaya lío, y no solo por lo legal.

—Son jóvenes, solo amigos —justifiqué.

—El Cuarto Mandamiento, Urdemales —me recordó el fiscal con cabeza de león.

—Por eso odio los juicios con dragones —expresó en voz alta Ezequiel.

—¿Entonces? —miré al juez.

—Entonces —repitió el supremo magistrado—, como suele suceder en estos casos... —hizo un alto y respiró con su cara de toro—. Tu padre —me miró con simpatía, a esas alturas yo creo que ya le caía bien—, vaya que estaba traumatado con los grandes lagartos... El punto es que no queda otra que dirimir, y eso me toca a mí. Por favor, señores, no más dragones por un buen rato.

—Recuerde el Cuarto Mandamiento —insistió el fiscal.

—Recuerde que son jóvenes y los jóvenes necesitan relacionarse entre sí, tener amigos —repliqué yo, agotando el gran recurso que habíamos usado con Julián durante todo el alegato.

—Por mucha amistad inocente que usted alegue, colega abogado, es un güiverno intentando relacionarse con una imperial.

—¿Acaso usted nunca tuvo de amiga a una mujer lobo a los dieciséis años? —miré a mi rival leonino—. Jamás me he preocupado por ese tipo de nimiedades.

—Daniel —lo miró Ezequiel—, no nos veamos la cara entre penúmblicos —y juro que por primera vez lo vi sonreír.

Y entonces, solo entonces, tras cinco horas de juicio, vi luz al final del túnel.

—Por favor —nos insistió el juez—. Regresemos al Alto Tribunal.

CAPÍTULO 2

LA COMUNIDAD DEL ANILLO

Metí la llave en la cerradura, empujé un poco para que la puerta cediera y luego la abrí. De un instante a otro estaba fuera del Corredor, plantado junto a Julián, ya en su forma humana, en la biblioteca de la casa de la tía Eduvigis. Ella estaba con el señor Manríquez haciendo crucigramas y sudokus, de esos que vienen en la última página del diario.

—¿Cómo les fue? —nos preguntó, sin despegar sus ojos de la hoja, apenas nos vio aparecer en la sala.

—No lo sé —le respondí.

—¿Cómo que lo no lo sabes?

—Eso, tía...

—El juez decretó el caso abierto —siguió Julián— por falta de pruebas de ambos lados. Nos veremos en la corte en veinte días, periodo en el cual nuestro cliente no deberá acercarse a la hija del señor Octocéfalus.

—Dragones y sus líos amorosos, eso nunca va a cambiar —respondió la tía—. Max, tus amigos te están